

## El estado de Cristo glorioso, según los escritos de San Pablo.

---

No es tarea tan fácil, como a primera vista pudiera parecer, reunir y agrupar debidamente los rasgos descriptivos que San Pablo nos dejó de Cristo resucitado, para formar con ellos un conjunto harmónico que ponga ante nosotros la figura gloriosa del Salvador tal y como la contemplaba en su interior el espíritu del Apóstol.

La importancia que, como vimos en el artículo anterior (1), daba siempre a la resurrección y glorificación de Cristo, nos autoriza para creer que en su predicación procuraría poner ante los ojos de sus oyentes al mismo Cristo glorificado con toda la viveza de que era capaz su vigorosa elocuencia, para lograr que aquella imagen soberana quedase esculpida en sus almas y ejerciese el maravilloso influjo de atracción y vivificación transformadora que San Pablo le atribuye (2). De esta manera nos dice en la epístola a los Gálatas que les describía a Jesucristo crucificado (3), y todo induce a pensar que no había de poner menos fuerza en hacer sentir la gloria y la felicidad, que ponía en pintar las ignominias y los padecimientos de aquel que le había enviado por todo el mundo a anunciar su pasión y su resurrección (4). Así se explican aquellas alusiones frecuentísimas a la resurrección y a la gloria de Cristo, la cual, sin embargo, nunca cree necesario describir de propósito en sus cartas; los lectores habían oído esa descripción de sus labios y entendían, sin duda, mejor que nosotros todo el alcance de aquellas frases que, a pesar de su brevedad, les servían para reproducir en su espíritu la imagen gloriosa que con asombro habían contemplado en los días dichosos en que el Apóstol les catequizaba e instruía.

Menos afortunados en esto que aquellos primitivos cristianos, necesitamos nosotros mucho más trabajo para reconstituir, con los da-

---

(1) Véase ESTUDIOS ECLESIASTICOS, enero, 1926; pág. 3-16.

(2) 2 Cor. III, 18.

(3) Gal. III, 1.

(4) Act. Ap. XXVI, 16-22

tos esparcidos en las epístolas, aquella misma imagen; sin embargo, es tan bella y grandiosa en sí misma, y su conocimiento irradia tanta luz sobre todo el conjunto de la teología de San Pablo, que merece bien cualquier esfuerzo que se haga para reconstituirla y contemplarla, aun sabiendo de antemano que el resultado de nuestros afanes ha de quedar muy por debajo, no sólo de la divina realidad de la gloria de Jesucristo, pero aun de la idea ejemplar que en sí mismo veía perennemente el Apóstol.

Para proceder con claridad, dividiremos este estudio en dos partes que formarán otros tantos artículos: en este primero comenzaremos por exponer brevemente las condiciones generales de la vida de Cristo resucitado y trataremos después con alguna mayor amplitud del estado del cuerpo, que es punto más difícil y más rudamente combatido por la heterodoxia racionalista.

## I

### CONDICIONES GENERALES DE LA VIDA GLORIOSA DE CRISTO

Afortunado estuvo el Procurador romano Porcio Festo al resumir la discusión por él presidida, entre Pablo y sus acusadores, en estas palabras: *Tenían (los judíos) contra él ciertas cuestiones acerca de su religión y de un cierto Jesús difunto que Pablo afirmaba estar vivo* (1). Este era el punto fundamental: *Jesús, que había muerto, está vivo*. Jesús había vivido primero vida mortal, como los demás hombres, había después sido víctima de la muerte y sentido el peso de la losa sepulcral, y ahora, finalmente, goza de nuevo el aliento de la vida. Pero en todos estos estados continúa siendo substancialmente el mismo Jesús, en el sentido en que entendemos comúnmente perseverar siempre idéntico un hombre a quien hubiésemos tratado familiarmente, a quien hubiésemos visto morir, y a quien, por último, tuviésemos la dicha de ver resucitado. No de otra manera se expresarían los que conocieron y trataron a Lázaro antes y después de su muerte y resurrección, y este era también el sentir de San Pablo cuando dice que Cristo nació *ex semine David* (2) anunció la paz a los judíos

(1) Act. Ap., XXV, 19.

(2) Rom. I, 3.

y a los gentiles (1), murió por nuestros pecados en la cruz, fué sepultado y salió al tercer día del sepulcro (2), sin que por eso hayamos de entender que niega los cambios substanciales que tuvieron lugar en su muerte y resurrección.

De la predicación de San Pablo, que por tanto tiempo había oído, parece tomó San Lucas aquella expresión obvia y sencilla en sí, pero que en su misma sencillez encierra todo el poder demostrativo de la realidad, con el cual imprime más hondamente el sello inconfundible de la verdad en las narraciones que conservamos del hecho de la resurrección: *Quibus (Apostolis) praebuilt se ipsum vivum post passionem suam...* (3).

No se pudo decir de una manera más llana y al mismo tiempo más gráfica y objetiva que era el mismo Jesús, a quien los discípulos habían tratado, el que había resucitado y vuelto de nuevo a la vida.

Dos propiedades de esta nueva vida de Cristo describe incidentalmente, pero con frases muy expresivas en el Capítulo VI de la epístola de los Romanos. Va exponiendo allí el Apóstol cuál ha de ser la vida de todos aquellos que han recibido el bautismo y les pone por modelo a Cristo resucitado y triunfante de la muerte y del pecado.

Es la primera de estas propiedades la inmortalidad: *Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere; la muerte ya no tiene dominio sobre El* (4).

A primera vista tenemos en estas palabras un sencillo paralelismo en el cual el segundo miembro repite, en forma un poco diferente, la misma idea del primero; pero, en realidad, tenemos mucho más. El primer miembro anuncia, sin rodeos, que Cristo resucitado es inmortal, y el segundo significa la misma idea poniendo ante nosotros la imagen de un poderío que fué y ya no es: *la muerte*, dice, *no tiene ya señorío sobre El*. Lo tuvo ciertamente y lo ejerció con terrible despotismo cuando en la cruz le quitó la vida entre los dolores del cuer-

(1) Ephes. II, 17.

(2) 1 Cor. XV, 3-4.

(3) Act. Ap. I, 3.

(4) Rom. VI, 9.—La Vulgata ha modificado un poco el sentido del texto griego quitándole fuerza: en vez del participio de presente activo *resurgens* tiene el original el participio de aoristo pasivo *εγερθεῖς*, que indica mejor el hecho ya consumado de la entrada de Cristo en su gloria por la resurrección; y en vez del futuro *non dominabitur* leemos en el original el presente *οὐκέτι κυριεύει*, que significa con más claridad que la muerte tiene ya para siempre perdido su dominio sobre el Señor.

po, las angustias del espíritu y los sarcasmos de los hombres, pero el hecho de la resurrección fué, si se permite hablar así, una reacción del Poder divino que arrancó a la muerte su victoria y dió libertad absoluta y perpetua a su cautivo: *Mors illi ultra non dominatur*. Con más razón que al describir la resurrección de los fieles hubiera podido San Pablo, contemplando a Cristo glorioso, increpar a la muerte con aquella triunfante exclamación: *Ubi est mors victoria tua?* (1)

No fué la resurrección de Cristo como, por ejemplo, la de Lázaro; éste resucitó para quedar de nuevo sujeto al poder de la muerte. Jesucristo le pagó tributo una vez por todas y ahora vive perennemente para Dios: *Quod enim mortuus est peccato, mortuus est semel: quod autem vivit, vivit Deo* (2).

Creemos indudable por el contexto que las palabras *vivit Deo*, significan, no la fuente de la nueva vida de Cristo, sino el fin a que esta nueva vida se ordena. Esto es: no quiere decir aquí San Pablo que Cristo vive por virtud de Dios, sino que vive para Dios.—Todo el pensamiento del Apóstol parece poderse reconstituir de este modo: en el capítulo quinto nos hizo asistir a la entrada triunfal del pecado en el mundo; con el pecado y por el pecado entró la muerte que reinó despoticamente sobre todos los hijos de Adán inficionados por el aliento pestilencial de su culpa (3). Jesucristo no conoció pecado y estaba por sí mismo exento de toda mancha (4), pero Dios le hizo por nosotros *pecado* y le envió al mundo revestido de carne *semejante a nuestra carne pecadora* para que destruyera el pecado (5). En orden a este fin quiso Dios someterle al imperio de la muerte e indirectamente al imperio del pecado, al cual parece estar sometida la muerte como simple mandataria y ejecutora de sus sentencias (6). Murió, pues, Cristo; pero con aquella muerte, una vez padecida, desapareció todo el poder del pecado; y cuando al tercer día resucitó, comenzó de una manera especialísima a vivir para Dios.—Indudablemente la vida mor-

(1) 1 Cor. XV-55.

(2) Rom. VI-10.

(3) Rom. V, 12-14.

(4) 2 Cor. V, 21 Hebr. VII, 26.

(5) 2 Cor. V, 21: Rom. VIII, 3-4.

(6) Por duras que puedan parecer estas expresiones aun creemos que no lleguen a reflejar toda la dureza del lenguaje del Apóstol. El pone perfectamente a salvo la inocencia, la pureza y la santidad personal del Redentor (2 Cor. V, 21; Hebr. VII, 26); pero cuando llega el momento de presentarle como sustituto nuestro en la reparación de nuestras

tal, la pasión y la muerte de Cristo habían sido para Dios y para su gloria, y sin embargo, esta propiedad se la reserva en particular el Apóstol a la vida gloriosa. No nos dice en este lugar por qué, pero de lo que en otros pasajes enseña y más adelante hemos de ver, podemos, desde luego, señalar dos razones que hacen que la vida gloriosa de Cristo sea especialmente para Dios y para su glorificación. Es la primera la singular magnificencia y esplendor con que se manifiestan los divinos atributos en la persona de Cristo resucitado. En su vida mortal aparecieron muchas veces la divinas prerrogativas, pero con grandes limitaciones e interrupciones; en la vida gloriosa se revelan esas mismas prerrogativas en toda su magnificencia y de una manera constante. Entenderáse esto mejor más adelante cuando esté completa la descripción de Cristo glorioso, según los escritos de San Pablo.

La segunda razón la hallamos en la actividad desarrollada por Cristo después de su glorificación, ordenada completamente al servi-

---

culpas, sus palabras son capaces de hacer sentir todo el peso de la divina justicia que desahogó sus iras en aquella víctima inmaculada; de tal manera cargó sobre Cristo toda la responsabilidad de nuestros delitos que a los ojos de San Pablo apareció como un puro pecado y así pudo decir que *Dios le hizo por nosotros pecado* (2 Cor. V, 21); y con tanto rigor pagó el castigo por nosotros merecido que el Apóstol no supo expresarlo sino diciendo que fué hecho por nosotros *maldición* (*κατάρα* abstracto) (Gal. III, 13). Además cuando afirma que Cristo resucitado está ya libre del imperio de la muerte (Rom. VI, 9) afirma también implícitamente que antes le había reconocido vasallaje. Y cuando dice que *quod mortuus est peccato, mortuus est semel* indica también con toda claridad que había estado sometido al influjo destructor del pecado, el cual ejecutó en Cristo, como en los demás hombres, la sentencia de muerte.

La frase—*quod mortuus est peccato, mortuus est semel*—conforme al texto original, se ha de dividir en dos incisos de este modo: 1.º, *quod mortuus est...*; 2.º, *peccato mortuus est semel*; y podríamos traducirlo así: *la muerte que murió, la murió una vez por el pecado o para el pecado*. Es decir: para destruir el pecado y su obra y satisfacer cuanto exigía de sí el haberse hecho cargo de todos nuestros pecados. Por eso el pecado no tiene ya nada que ver con Cristo y Cristo está ya definitivamente libre de la influencia y poderío del pecado.—Este último pensamiento es el que quiere el Apóstol hacer resaltar expresamente en este pasaje; pero implícitamente da a entender que antes le había estado sujeto y que había tenido que pagar el tributo de la muerte.

Sería, sin embargo, un contrasentido pensar que la muerte sufrida por Cristo pueda, bajo ningún aspecto, haber cedido en provecho del pecado, aunque el inciso—*peccato mortuus est*—parezca ser un *dativus commodi* como lo es el inciso de la frase siguiente *vivit Deo*. Más bien diríamos que la primera frase es un *dativus incommodi*, porque el pecado y su imperio fué deshecho con la muerte de Cristo; y la segunda un *dativus commodi*, porque con la nueva vida gloriosa de Cristo es particularmente glorificado Dios y restablecido su imperio. (Cfr. Cornely y Lagrange in Rom. VI, 10.)

cio y positiva glorificación de Dios. Mientras vivió sujeto a la muerte, la obra de Cristo fué en parte negativa, puesto que tuvo que deshacer los efectos del pecado; pero acabado esto al expirar en la cruz, no le queda ahora a Él sino la labor positiva de gobernar la Iglesia, y santificar y glorificar las almas con el ejercicio de su poder y la distribución de sus inmensos tesoros.

Y baste, por ahora, la indicación de estas ideas, cuyo desarrollo tendrá lugar adecuado cuando estudiemos lo que nos enseña San Pablo sobre la influencia de la resurrección de Cristo en su obra salvadora y sobre las relaciones de Cristo glorioso con su Iglesia.

Resumiendo cuanto llevamos dicho, podemos brevemente concluir que San Pablo, al hablar de Cristo resucitado, le presenta ante todo dotado de nueva vida, pero substancialmente idéntico a aquel Jesús que había predicado y muerto en la cruz. La vida de que ahora goza no es ya mortal como la primera, sino inmortal, y perennemente libre del señorío de la muerte.

Y señalando la condición de esta vida, nos dice que es particularmente para Dios, porque en ella se manifiesta más que en ninguna otra la divina gloria, y porque toda su poderosa y fecunda actividad va ordenada al servicio y positiva glorificación de Dios.

## II

### OPINIONES HETERODOXAS SOBRE LA NATURALEZA DEL CUERPO DE CRISTO GLORIOSO

Toda la numerosa pléyade de escritores racionalistas que niegan el hecho de la resurrección de Cristo, por creerlo *a priori* absolutamente imposible, se encuentra forzosamente, al leer los escritos de San Pablo (y lo mismo se diga de los demás del Nuevo Testamento), entre los dos extremos de este dilema: o el Apóstol manifiesta y conscientemente nos quiere engañar, al repetir con tanta insistencia un hecho que ni existe ni él creía haber existido, o, por el contrario, arrastrado por no sé qué alucinación, se engañó a sí mismo, creyendo sinceramente el hecho, y se esforzó de buena fe en persuadirse a los pueblos, por considerarlo como una de las bases fundamentales de toda la fe y doctrina cristiana.

Los más distinguidos cultivadores de la crítica racionalista en los últimos tiempos, han optado, en general, por el segundo extremo

del dilema. Han creído pagar así el debido tributo a la lealtad histórica: los escritos del Apóstol de las gentes, de cuya autenticidad no es posible dudar críticamente, los han hallado tan llenos de rectitud, de sinceridad, de elocuencia natural y persuasiva, de amor sacrificado a un ideal purísimo, que el más elemental buen sentido se resiste invenciblemente a ver en ellos nada que pueda sonar a doblez ni hipocresía. Reconocen, pues, que evidentemente San Pablo es sincero; si afirma tan repetidamente que Jesús vive, después de haber muerto en la cruz, es porque así lo cree y así se lo figura él; sólo que al figurárselo se alucina y en esta alucinación le atribuye un ser, una vida y un cuerpo que no existe.

Partiendo de este principio, que dan como incontrovertible, se dedican, con una diligencia y un tesón digno verdaderamente de mejor causa, a inquirir cuál fué la concepción de la mente del Apóstol y cuáles los caminos por donde pudo llegar a ella. Veamos algunas de las principales opiniones en este sentido.

Loisy reconoce terminantemente que San Pablo, lo mismo que los demás apóstoles, creyó sinceramente y quiso confirmar con su testimonio la verdad objetiva del hecho de la resurrección. Cristo glorioso, en sentir de San Pablo, no sólo vivía, sino que vivía con el mismo cuerpo que había tenido antes de morir y que había sido puesto en el sepulcro. Pero esta persuasión de Pablo, según el corifeo modernista, fué una alucinación de su espíritu o, a lo sumo, una fe que no puede hallar sólido fundamento en los hechos históricamente conocidos (1).

B. Weiss (2), con muchos otros escritores (3), concede que San Pablo concibe a Cristo, después de la resurrección, dotado de un cuerpo especial que nada tiene que ver con el que tuvo en su vida terrena. El cuerpo glorioso es un cuerpo lúcido y espiritual, compuesto de una materia celeste que no acaba de definirse. Y traen para confirmar esta opinión pasajes de San Pablo, tan conocidos como los siguientes: *Caro et sanguis regnum Dei possidere non possunt* (4).—*Primus homo de terra terrenus, secundus homo de coelo... Sicut*

(1) *Les Evangiles Synoptiques*, tom II, pág. 739-743. *L'Evangile et L'Eglise*, versión española, págs. 135-142.

(2) *Theologie des N. Test.*, pág. 285-286.

(3) Cfr. Mangenot. *La Resurrección de Jesús*, pág. 142, sig.

(4) I Cor., XV-50.

*portavimus imaginem terreni portemus et imaginem coelestis* (1). *Dominus autem spiritus est* (2), etc., etc. De todas estas formas de hablar concluyen que el cuerpo de Cristo glorioso en la mente de San Pablo, se distingue del que fué puesto en el sepulcro, como se distingue la carne del Espíritu, el esplendor glorioso de la materia corruptible (3), o, conforme a la célebre imagen de la semilla usada por el Apóstol, como se distingue la planta del grano arrojado en la tierra.

La opinión de W. Bousset es aún más radical. Según él, San Pablo no pudo ni pensar siquiera en una verdadera resurrección del cuerpo que había sido puesto en el sepulcro. Para el Apóstol, dice Bousset, hay en todo este asunto solos dos puntos firmes y definidos: primero, que el cuerpo viejo debe desaparecer, y segundo, que Dios por medio de un milagro, da un cuerpo nuevo; pero hablando con rigor, nada absolutamente de lo que fué puesto en el sepulcro vuelve a salir de allí... Podríamos, añade, comprender que el Apóstol estuviera plenamente persuadido de la realidad (espiritual) corpórea de Cristo glorioso, sin que se preocupase en manera ninguna por la suerte del cuerpo de carne de Jesús (4).

Lugar aparte merecería la explicación de Ed. Le Roy, el cual quiere conservar la verdad objetiva del hecho de la resurrección y la realidad material del cuerpo resucitado; pero cuando trata de determinar la naturaleza de este cuerpo, la concibe de una manera tan original y tan extraña al mundo de la materia corpórea que nosotros conocemos, que se hace muy difícil seguir su pensamiento sin antes estudiar su modo de pensar sobre la constitución ideal de la materia; pero este estudio no puede tener cabida en este lugar (5). Baste decir que no pueden armonizarse las explicaciones de Le Roy sobre el cuerpo espiritual resucitado con lo que San Pablo nos dice del

---

(1) I Cor. 47-49.

(2) Cor., III-17.

(3) Phil., III-21

(4) Und so könnten wir begreifen, dass der Apostel von der (pneumatisch) leiblichen Realität des erhöhten Christus voll überzeugt sein konnte, ohne irgendwie über das Schicksal des sarkischer Leibes Jesu zu reflektieren. *Kyrios Christos*, 2.<sup>a</sup> edic. pág. 63.

(5) Ed. Le Roy, *Dogme et Critique*, pág. 162 sig.



cuerpo de Cristo glorioso, que vamos a exponer en el párrafo siguiente (1).

### III

#### EL CUERPO MUERTO Y EL CUERPO RESUCITADO DE CRISTO

Dos caminos diversos podemos seguir para llegar a conocer la mente de San Pablo sobre el estado del cuerpo glorioso de Cristo y sus relaciones con el que murió en la cruz y fué colocado bajo la piedra sepulcral. El primer camino es indirecto, pero seguro. Como probaremos más adelante, en la doctrina del Apóstol es cierto que la resurrección de Cristo es el ejemplar a que ha de acomodarse la resurrección de los fieles. Por consiguiente, lo que nos diga de la resurrección y del cuerpo resucitado de los fieles, podremos aplicarlo también a Cristo, en quien se verificó primero y de un modo más excelente. El segundo camino es directo y se reduce a examinar los textos en que habla, aunque sea incidentalmente, de Cristo resucitado. Recorreremos ambos caminos, si bien con cierta rapidez, porque la conclusión que hemos de sacar es muy clara.

En el capítulo XV de la Epístola primera a los Corintios, que es donde ha reunido el Apóstol sus principales ideas sobre la resurrección gloriosa de los fieles, compara el cadáver puesto en el sepulcro con el cuerpo resucitado y dice así:

*Se siembra en corrupción, resucita en incorruptibilidad;  
se siembra en ignominia, resucita en gloria;  
se siembra en flaqueza, resucita en fortaleza;  
se siembra cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual (2).*

(1) Una exposición algo más extensa de la teoría de Le Roy y de varias otras, hallará el lector en la obra de Mangenot varias veces citada *La Resurrección de Jesús*, páginas 142-145. Para nuestro intento bastan las indicaciones hechas, en las cuales aparecen las principales variantes de la explicación racionalista, si prescindimos de las extrañas concepciones de H. J. Holtzmann. (*Schrbuch der Neut. Theolog.*, vol. II, pág. 62-104).

(2) I Cor. XV-42-44. No ha faltado quien crea que el verbo *seminatur* debe entenderse no precisamente de la sepultura, sino del nacimiento a esta vida mortal, que es el tiempo de la siembra y del trabajo (Cfr. Tobac *Le problème de la justification dans S. Paul*, página 63); pero la generalidad de los autores lo interpretan, con razón, de la muerte y de la sepultura. Así lo demuestra el inciso que inmediatamente precede: al acabar de desarrollar la serie de imágenes que empezaron en el versículo 39, las aplica de una manera general a la resurrección de la carne con estas palabras: *sic et resurrectio mortuorum*.—Es, pues, claro que el objeto inmediato que tiene San Pablo en su mente es el cuerpo humano que se *siembra* al ser sepultado para nacer transformado el día de la resurrección. No hay, sin embargo, dificultad en conceder que dentro de la perspectiva del Apóstol, entre también el cuerpo, tal como se halla en esta vida, sujeto a la enfermedad y a la corrupción.

En esta serie de frases paralelas y antitéticas el sujeto de los verbos *sembrar* y *resucitar* es siempre el mismo: a saber, el cuerpo, que no se nombra hasta los últimos incisos: *se siembra cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual*. El cuerpo humano que al tiempo de la sepultura es *corruptible, innoble* (ἐν ἀτιμία) y *animal* (ψυχρόν) será al salir del sepulcro el día de la resurrección *incorruptible, glorioso, fuerte y espiritual* (πνευματικόν). La misma idea se expresa poco después con más claridad, si cabe: *Es menester que esto corruptible se revista de incorruptibilidad y que esto mortal se revista de inmortalidad* (1).

Evidentemente estas palabras suponen un cambio que podrá ser tan importante y radical como se quiera; pero contendrían una manera de hablar que sería, además de oscura, poco correcta si en el término que precede y en el término que sigue al cambio no hubiera un elemento común que, *bajo algún aspecto*, persevere substancialmente idéntico.

Con más plenitud y claridad expresó San Pablo su manera de pensar en otro pasaje capitalísimo que tendremos que citar todavía repetidas veces. En él no se habla del cuerpo muerto y sepultado sino del cuerpo vivo de los fieles que son templos del Espíritu Santo: *Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará vuestros cuerpos mortales por (causa de) su espíritu que habita en vosotros* (2).

Son estas palabras riquísimas de sentido y se prestan a muchas y muy variadas consideraciones teológicas; el punto que ahora nos interesa parecen determinarlo con tanta claridad que todo comentario habría de resultar ocioso y redundante. Consta, pues, que el *mismo cuerpo mortal*, con que ahora viven los fieles, será reanimado y vivificado en el día de la resurrección (3). Y si de esta manera será vivificada la carne mortal de los servidores de Cristo por llevar en sí una participación del espíritu de Dios, ¿con cuánta mayor razón

(1) 1 Cor. XV, 53.

(2) Rom. VIII, 11.

(3) No es nuestro intento en manera ninguna negar las dificultades gravísimas que entorpecen la marcha de los teólogos cuando tratan de determinar el modo en que han de tener cumplimiento estas palabras del Apóstol en la generalidad de los hombres. Solamente la divina Sabiduría es capaz de conocer los caminos por donde aquel polvo que

hubo de ser vivificada la carne de Cristo en quien descansó el mismo divino espíritu en toda su plenitud? Lo contrario sería hacer la humanidad del Mesías Salvador de peor condición que la de aquellos que de El recibieron la bienhechora influencia cuyo último y más sazonado fruto será la gloria que ha de acompañar a la final resurrección de los cuerpos.

Pero los escritos del Apóstol no nos dan sólo pruebas indirectas de la identidad del cuerpo de Cristo glorioso con el cuerpo de Cristo muerto y sepultado; nos dan también testimonios directos que nos permiten conocer sin género de duda su pensamiento sobre esa identidad.

En el citado capítulo XV de la epístola primera a los Corintios, resume el símbolo fundamental de la fe, que él predicaba, en estos términos: *Os he enseñado ante todo lo que yo mismo recibí; que Cristo murió por nuestros pecados, según las escrituras; y que fué sepultado y que resucitó al día tercero, según las escrituras, y que apareció a* (ὡφθη = había sido visto por) Cefas... (1)

Para todo el que lea llanamente y sin prejuicios estas palabras, no puede caber duda de que, al escribirlas el Apóstol, tenía ante los ojos de su espíritu la persona física de Jesús, cuya muerte, cuya sepultura, cuya resurrección y cuyas apariciones había predicado a los fieles de Corinto. No negaba él que en algunos de aquellos hechos hubiera habido mudanzas verdaderas y substanciales; pero, hablando como solemos hablar los hombres en casos semejantes, daba a entender claramente que en todas esas mudanzas quedaba siempre una realidad de la cual podía con verdad decirse que había muerto, había sido puesta en el sepulcro, había resucitado y había sido vista de los discípulos.

un día constituyó el cuerpo humano, que hoy se halla tal vez desparramado por las partes más distintas y heterogéneas del globo y mañana puede entrar en las más diversas combinaciones, haya de volver a reunirse y a formar de nuevo los miembros que un día formó, para que puedan ser otra vez informados por el alma que en otro tiempo los vivificó y fué la fuente principal de su crecimiento y hermosura. No se le ocultó esta dificultad a San Pablo, aunque no nos quiso dar una solución directa, sino que se contentó con hacer ver la posibilidad de la resurrección, dejando el modo al saber divino. (1 Cor. XV, 35-42). Véanse los eruditos artículos del P. Segarra sobre *La identidad del cuerpo muerto y resucitado*.—ESTUDIOS ECLESIASTICOS 1922-1925.—Prat. *Théol. de S. Paul*, vol. I, pág. 164. 8.ª edición.

(1) 1 Cor. XV-3-4.

A la misma conclusión conduce otra enumeración parecida que leemos en la epístola a los Romanos...: *¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica ¿Quién los condenará? Cristo Jesús es el que ha muerto; más aún, el que ha resucitado, el que está sentado a la diestra de Dios, el que intercede por nosotros...* (1). Para que Jesús muerto y Jesús resucitado y glorioso pueda con verdad decirse que es uno mismo, según lo afirma repetidamente San Pablo, es necesario que permanezca la identidad del cuerpo.

Con admirable precisión expresó San Agustín esta identidad, trayéndola como argumento de la identidad entre el cuerpo muerto y resucitado de los fieles: «... quisquis existimat ita corpus terrenum, »quale nunc habemus, in corpus coeleste resurrectione mutari, ut nec »*membra ista* nec carnis sit futura substantia, procul dubio corrigendus est, commonitus de *corpore Christi qui per resurrectionem »in iisdem membris* non solum conspiciendus oculis, verum etiam manibus tractandus apparuit» (2).

Las dificultades que suscitan algunas frases escritas por San Pablo, sobre todo en el capítulo XV de la primera epístola a los Corintios, hallarán su adecuada solución más adelante, cuando, valiéndonos precisamente de esas mismas frases, procuremos conocer más a fondo lo que el Apóstol pensaba del estado de Cristo glorioso.

F. ALONSO BÁRCENA.

(Concluirá).

(1) Rom. VIII, 33-34.

(2) Retractationum I, 17; M. t. 32, col. 613.